ALBAQUIA

"No se crea que tanta perfección sea inaccesible a las fuerzas del ingenio. El imperio de la imaginación es demasiado grande, y el de la ilusión demasiado poderoso, para que nos detenga este temor."

Gaspar Melchor de Jovellanos.

¡Pasajeros, al tren!

El narrar fielmente unos sucesos, y que de la ilación de esa crónica, dimane un cuento de fábula, evita al que escribe, el temido esfuerzo mental de averiguar qué argumento es propicio en una alegoría, y cómo conformarla para atraer la atención del lector. Aquí huelga todo lo dicho. Este es un cuento real o la realidad hecha cuento, así sin más. Sin entrar en especulaciones absurdas, acerca de si la realidad supera o no a la ficción, relataré los hechos tal y como Juan José Santisteban Pernambuco de Armas me los refirió. Intentaré no menoscabar su percepción de los acontecimientos, pues estimo que es preciso hacer constar al respecto, que como nativo del lugar que se le ocurrió visitar, jamás pasaré por el trance de sensaciones, temores, e incertidumbres, que él padeció.

Yo soy Ismail Al Addrus (el estudioso), un sencillo beduino extraviado en el laberinto del tiempo. Soy hijo de un famoso guía de caravanas legendarias, llamado Karim, y de una mujer llana y cocinera experta, de nombre Nadia. Tuve una infancia nómada, sin mimo ni gollerías, pero no pasé hambre. Tampoco necesité reñir con mis hermanos, pues fui hijo único; un hecho raro, dentro del mundo al que pertenezco. Asentado ahora, este servidor de ustedes, de ralea insípida y terca, curtido en mil avatares extraños y

achicado ante el peso de los años, sostiene que la leyenda de la Atlántida, pese a ser tachada de fábula inverosímil, nunca fue agua de borrajas. En cualquier caso, podría ser una fantasía soñada por los dioses vikingos, asombrados ante el descubrimiento de unas islas remotas. En mi modesta opinión, la leyenda es concebible a más no poder; y si aguzan sus sentidos, como todo buen y leal lector, hallarán al cabo de esta breve historia, la prueba de tan increíble revelación.

Juan José Santisteban Pernambuco de Armas, que a partir de este párrafo, sólo llamaré Juan José Santisteban, pues no es mi intención rellenar medio cuento con los ilustres apellidos del protagonista, era isleño, de los inquietos. Sólo un ansia leve de indagar, conocer, y aprender de sus orígenes, perturbaba su índole de hombre juicioso. Allá por los años setenta, discurrió aventurarse por el norte de África para comprobar por sí mismo, que a pesar del abismo cultural existente entre la isla y el continente africano, sus pobladores eran no obstante, pueblos hermanos unidos por instintos ancestrales e inveterados. Era su ambiciosa voluntad, regresar a la isla convencido y sin complejo de burdo antropólogo, aduciendo razones de peso, y dando pábulo a una teoría extraída de corolarios sensatos que, a su vuelta, podría considerarse irrefutable: los isleños provienen de la barbarie, o son unos bárbaros. Para el caso que nos trae, da lo mismo, pues no hay árbol con

tronco robusto y copa frondosa, que no asiente en raíces recias.

Juan José Santisteban insistió en que, al escribir la palabra bárbaro, recalcara el inmenso gozo que algunos caciques de la isla experimentaban al cosechar los remanentes, y otras sutiles ofrendas, que los visitantes foráneos desperdigaban por la isla. Me reveló que, presumir y alardear de esos obsequios, en tiempo de paz, y ante sus paisanos, eran por entonces refinados entretenimientos que amenizaban sus aburridas tardes de estío. Estos camelos insignificantes pretendían engatusarles, y lo conseguían. Pues envanecidos de una suma ignorancia, en la que todavía siguen sumidos, apenas sentían vapuleada su dignidad, escasa ya por entonces. No sé si fue clarividencia, o una idea descabellada de Juan José Santisteban, pues a veces yo también, cuando me siento iluminado, veo a mi alrededor un acervo de disparates, tan desafortunados como aberrantes. Pero nuestro personaje asumió el riesgo.

Para evitar gastos superfluos, se enroló como polizón distraído en un buque mercante, que salía con destino a la ciudad de Cádiz. Al arribar a la tacita de plata, el primer oficial del puente de mando, en su ronda rutinaria, lo descubrió agazapado en un bote salvavidas. Lo arrojaron por la borda a una milla de la playa de La Caleta, cerca del tan famoso barrio de La Viña. A renglón seguido,

y curado del susto, se desplazó a Algeciras donde se embarcó rumbo a la ciudad internacional de Tánger en un barco de línea o pasaje, eludiendo así, otro remojón inoportuno en su espléndida bahía. La ciudad de Tánger, gloriosa por su historia, se abría ante su mirada alerta, como la punta de un territorio enigmático, donde los alminares de sus nobles mezquitas, estratégicamente dispersos, como vigías sigilosos de una paz ascética y duradera, infundía a sus pobladores confianza, y respeto por las buenas costumbres. Si acaso divisaba a lo lejos su antigua e intrincada alcazaba, no podría sin embargo imbuirse en el enredo de sus callejuelas angostas, tomarse un té con hierbabuena en algunos de sus tugurios, olfatear sus aromas exóticos, regatear con los buhoneros el saldo de cualquier trasto, o saborear manjares sazonados con especias que proceden de todos los rincones del mundo.

Junto a los muelles del puerto, aletargados bajeles recordaban una época de esplendor pirático. Algunos de estos bajeles, atracados lastimosamente, se balanceaban y cabeceaban al compás del escaso oleaje; otros, ya varados, yacían sojuzgados bajo el paso implacable de los años, la madera carcomida de sus cascos anunciaba su deterioro, e invocaba un pronto abandono u olvido. Por aquel tiempo, hablar de modernidad era ficticio o anacrónico, pues la vida consistía en sobrevivir día a día. Un intenso olor a pescado rancio empapaba los diques, y

según la orientación del viento, efluvios podres y repelentes, que provenían de los albañales y cañerías subterráneas de la ciudad, laceraban a los transeúntes recién llegados del otro lado del estrecho de Gibraltar. Eran bofetadas de aire inmundo y viciado, que algunos visitantes aguantaban estoicamente, debido a la curiosidad innata que como expedicionarios tenaces atesoraban; otros, más resentidos, escupían a diestro y siniestro, mostrando su repugnancia ante la peculiar acogida de bienvenida. Son los gajes del aventurero, diría Juan José Santisteban al cabo de un lustro, cuando emocionado al recordar los acontecimientos, me los contó.

Es factible que Juan José Santisteban intuyera el devenir precario de su incursión, o por lo menos, inquietante. Al apearse de la cubierta del buque, por la escala que desde el portalón conducía al dique, no hizo más que soltar la baranda, cuando una camada de muchachos pordioseros, vestidos con trapajos ensopados por lamparones mugrientos, lo rodearon pidiendo limosna. Unos, le atosigaban con preguntas; otros, se ofrecían como mozo o guía. Tal fue su excitación ante el acoso de los intrépidos muchachos que, para despistarlos y sacudirse sus impertinentes atrevimientos, aceleró el ritmo acompasado de su andadura. Pero como hienas hambrientas, la camada lo persiguió hostigándole durante el trecho de camino que le conducía a la aduana. Allí, se sosegó un instante, ya que la banda de muchachos tenía

prohibido el acceso al recinto aduanero. Una vez cumplidos los trámites, y satisfecho por el trato diligente empleado por los guardias, Juan José Santisteban salió decidido a enfrentarse hasta con el imperio bantú, si fuese necesario. Claro es que de la intención al hecho, corre la tinta azul de la estilográfica del mediocre escritor que soy.

Siendo sincero, imagino que no pudo quitárselos de encima. Juan José Santisteban admitió que, sólo cuando apareció un nativo fornido y de edad madura, dando voces en lengua árabe de severa reprimenda que espantó a la camada; los muchachos desistieron a regañadientes, y se esfumaron en estampida por las calles colindantes a la plaza donde se encontraban en ese desabrido momento. Aliviado pues, agradeció la ayuda del nativo, pero tardó en caer en la cuenta que se enredaba con un individuo charlatán y mohatrero a más no poder. Un crápula de altura que, al percibir una presa media herida, no duda en desvalijarla disfrazando sus propósitos con ademanes de benevolencia e invitaciones sospechosas. Menos mal que Juan José Santisteban andaba sobre aviso. Adivinó a tiempo que sólo un león voraz y despiadado podía amedrentar una camada de hienas hambrientas. De modo que felicitó al individuo por su talante políglota y cordial hospitalidad, y pese a que en Tánger, la lengua de Cervantes seguía muy arraigada en sus gentes, le dio a

entender que él prefería conocer el verdadero Marruecos, mucho más al sur.

Ofendido por la determinación de Juan José Santisteban, el nativo, aparentemente asombrado y algo así como alarmado, vociferó en una jerga gutural incomprensible a los oídos de Juan José Santisteban, una arenga adusta, desafiante y jactanciosa, para atemorizarlo y hacerle recapacitar. Como el teatro ambulante de una mala compañía de provincias, me contaría después, al recordar la anécdota. Al parecer, el individuo se las prometía eximias con sus andanzas y farfullas. No entendía porque Juan José Santisteban desestimaba su oferta, cuando justamente en Tánger, podría fumar rama de cáñamo o marihuana excelente (mejor que en Jamaica decía), y tal vez, dignarse admirar las bailarinas más bellas del mundo contonearse con la danza del vientre. Asimismo, podría escuchar los principales trovadores beréberes de todo el país, o adquirir las apreciadas alfombras persas, y hasta soñar selectas quimeras en un lujoso cabaret de la costa (como si se pudiese escoger los sueños). Todo eso, por unos insignificantes dirhams de mala muerte, y sólo a dos leguas de allí.

Este desafortunado espectáculo, que tenía por improvisado escenario, la plaza cuyo nombre creo recordar, rememora un alabado monarca alauita, no dio el

resultado esperado. Huyendo de la animadversión del grotesco individuo, Juan José Santisteban se dirigió hacia la estación del ferrocarril, que de soslayo había vislumbrado, y que se ubicaba cercana a la susodicha plaza. Era el lugar más seguro para mantenerse íntegro en su cabal postura, y abandonar Tánger lo antes posible. Pensaría que el esperpento a que había dado lugar, sólo le acarrearía más impedimentos en una ciudad a la que columbró como un nido de granujas malolientes y descarados. Claro que en contra de esta grosera opinión, hay quien diría justo lo contrario. Por ejemplo, que Juan José Santisteban era un inútil, apocado y cobarde. Sólo Alá sabe, que adentrarse solo y por primera vez en Tánger, requiere la paciencia de un oriental, el coraje de un vikingo, y la astucia de un lince ibérico. En suma, toda la sabiduría del mundo conocido, para que la insólita experiencia sea prodigiosa y fértil.

Por la mente de Juan José Santisteban fluía un reguero de voces discordantes. Algunas le aconsejaban regresar a Algeciras de inmediato; otras, mezcladas con el bullicio de los viajeros y la arenga del fastidioso nativo, le inducían a echarse a correr para evadirse del angustioso tumulto de gente. Todo en vano. Esas voces extrañas le acompañarían toda su vida, me dijo una vez que, airoso y desembarazado, lo encontré paseándose con una linda moza en un suburbio del sur de la isla de Gran Canaria. Según me indicó, fue un momento crucial, un

trance determinante, una misteriosa visión de su ser más profundo, que se solventó al entrar en el edificio de la estación.

Era el atrio del edificio amplio y pulcro, impecable, arquitectura mozárabe supongo, puesto que todavía no he tenido el inconmensurable placer de visitar, la varias veces heroica ciudad de Tánger. El techo, a dos aguas, atiborrado de figuras geométricas que simulaban arabescos de escayola, y unos frisos ondulados que moldeaban su contorno, coronaban las paredes laterales y la fachada del edificio. Exceptuando unos azulejos con dibujos moriscos que revestía la parte baja, todo era blanco. Y, una franja verde que a media altura adornaba las paredes, daba un tono de colorido al atrio. « Verde, el color de la esperanza », pensó, y de improviso, una voz, una voz que emanaba de los altavoces, y que apenas consiguió captar. Una voz distinta de las demás, suave, cálida, la voz de una mujer impregnada de dulzura exótica, como un perfume de ultramar, raro y excepcional. Se serenó al amparo de esa voz. Era el cobijo, que quizá andaba buscando.

- ¡ Pasajeros, al tren !

Repetía la voz en varios idiomas. Juan José Santisteban carecía de billete, y tampoco sabía a ciencia cierta su destino, pero ahora todo le daba igual. Sin

dudarlo, seducido por la dulce voz, se acercó a una de las ventanillas expendedoras. Ya menos aturdido, recurrió al lenguaje primitivo y universal de los viajeros en apuros. Mientras que un chorro de muecas dispares distorsionaba su semblante, no cesó de gesticular hasta conmover al auxiliar de la taquilla. Este último, sonriendo, le recomendó serenarse, pues interpretaba a la perfección sus ademanes, aspavientos y señas. Estaría bueno, que después de tantos cursillos lingüísticos, el empleado no se hubiese distinguido en el más elemental de todos. Mejor aún, siendo el empleado un acérrimo admirador entusiasta del teatro mímico, cómo podría resistirse ante un cómico tan aventajado. Cuentan por ahí, que no hay más firme y memorable vocación, que la que surge de un aprieto imperioso. No quiero elucubrar acerca de si Juan José Santisteban eligiese ese tren en concreto, pensando en que la mujer que anunciaba su salida iría en él. Además, jamás osaré preguntárselo. Se me antoja como aventurar disparates, proceder con familiaridad, o entrometerme en intimidad ajena; pero mantengo serias dudas al respecto, pues llevo ya varios años deambulando por estas latitudes, y todavía no he visto circular un tren por estas afortunadas islas. He oído sólo algunos rumores al respecto. Un probable tren de cercanías es ya, al parecer, motivo de intrigas entre los políticos y estrategas más relevantes de la región.

Las bromas aparte, fue así cómo Juan José Santisteban logró adquirir un billete para pillar el tren que la apacible voz anunciaba. Le indicaron el número del andén, y entre el azogue de los viajeros, se escabulló. A empujones entre el griterío y desconcierto de la plebe, alcanzó subirse a uno de los vagones del tren referido. Imaginar el aforo del carruaje, para quien nunca ha viajado en tercera clase, y por aquellos años, ha de ser una proeza insólita o un sueño extraño. Un corredor central y unos bancos rústicos de madera a ambos lados del carruaje, constituían el interior del vagón. Y, atravesar el pasillo repleto de fardos esparcidos, saltando por encima de una recua de gallinas maniatadas, apartando alguna oveja descarriada, franqueando los vendedores ambulantes y salvando el populacho exaltado, era tarea para un iluso. Desistir y resignarse, son los únicos o más congruentes subterfugios, a los que cualquier mortal se acogería en esas circunstancias. Él se acomodó como buenamente pudo al lado de una decrépita ventanilla, que casualmente estaba entreabierta, y cercana al pasadizo de la parte trasera que conducía a los demás carruajes.

El vagón estaba abarrotado hasta la bandera, y tan clamorosa era la algarabía de la ansiosa turbamulta que viajaba en él, que apenas si Juan José Santisteban oyó el silbato del jefe de estación ordenando la salida del tren. En el carruaje sin compartimentos, había sobre todo, vigorosos campesinos, algunos soldados con sus morrales,

también sacamuelas eventuales, pocos hechiceros de prestigio, y menos aún acróbatas callejeros, pero todos alegaban a raudales y de todo corazón. Al inicio del periplo, estuvo a punto de entablar conversación con un campesino, que lucía un atuendo de lana áspera tan abultado y sorprendente, que le parecía anómalo y le inspiraba lástima. Y sólo era una típica chilaba. Pero al cabo de un trecho, no entendía cómo el campesino se mantenía inmutable en un ambiente tan bochornoso, y más aún, cuando él sólo alcanzaba resollar, y a duras penas. Así que renunció. Dedujo que no se dejaría llevar por las apariencias mientras durara su aventura por Marruecos. Además, quien sabe, tal vez el campesino fuese susceptible, y se extrañase que Juan José Santisteban no le hablase en árabe, o en un dialecto berberisco. Y es que, no todos los seres de este bien o mal aventurado mundo (según se determine), dominan el lenguaje universal de los aspavientos, ademanes y gestos raros. A algunas bienaventuradas criaturas les podrían parecer hasta indecente.

Por lo tanto, como una efigie asustadiza, Juan José Santisteban se limitó a contemplar la singular función pastoril con asombro y cierta desazón, pero a medida que el meneo del tren iba haciéndose regular, la monotonía de ese vaivén lo sumió en una melancolía placentera. Sólo la voz del revisor exigiéndole el billete, lo rescató de su arrobo. Al comprobar que era titular de un billete de

segunda clase, el revisor lo forzó a cambiar de carruaje. Le dio a entender que estaría pues, más a sus anchas. Compartiría un amplio asiento de dos plazas con otro viajero, y dispondría de una ventanilla menos destartalada. Si bien como forastero, no le quedaba otra alternativa, se encaminó hacia su nuevo destino con un cierto recelo. Sospechaba que, más le valía andar de incógnito entre la maraña del gentío, que a descubierto entre una maleza de pasajeros más notables.

Eran las horas más calurosas del mediodía cuando Juan José Santisteban inició el viaje en tren, y aunque por equipaje, sólo llevaba una coriácea maleta y una bolsa de lona, el traslado hacia su nuevo acomodo le costó un esfuerzo desmesurado. El revisor que, hablando un español claro y preciso, tan escrupulosamente bien le había señalado los números del carruaje, y de su asiento, se abstuvo sin embargo de abrirle paso entre la gente desparramada por el tren. No había resquicio que no estuviese ocupado por pasajeros, o por bultos apilados a troche y moche. Constaba el compartimento que el revisor le había asignado, de los respectivos asientos, y de unas redes portaequipajes en la parte superior de los laterales. Eran ocho las plazas disponibles, pero a él le tocaba un asiento central, así que, se sintió frustrado por no disponer de la codiciada ventanilla. No obstante, y debido al clima sosegado que reinaba en el compartimento, recobró su serenidad.

Sumiso en un mutismo reverente, recordó las peripecias acontecidas a lo largo de la mañana, y se alegró de haberlas solventado sin perjuicios. Imaginaba las tribulaciones que aún habían de sucederle, pero aventuraba no achicarse ya ante la adversidad. Armábase poco a poco de ese valor tan ansiado, mientras afloraba en su rostro una sonrisa incrédula que mantendría casi todo el viaje. A medida que iban sucediéndose los kilómetros, fue fijándose detenidamente en los ocupantes del compartimento, y de tanto en tanto, se asomaba al corredor para indagar en la naturaleza del país que pretendía explorar. A fin de cuentas, los rasgos de los nativos eran finos, y sus indumentarias adecuadas. Observaba que el roce entre ellos rayaba una pulida urbanidad. Las charlas eran correctas, y los modales apenas socavaban una discreta cortesía. Al cabo de otro trecho, todo le era tan familiar, que borró de su mente cualquier rastro de recelo.

El tren se dirigía hacia la célebre ciudad de Casablanca. Por la derecha, abundaban dunas arrogantes de arena rubia que, a tramos, dejaban entrever las extensas playas solitarias que bordean el océano Atlántico. Era la orilla de un mar bravío que le era muy común. Juan José Santisteban iba haciéndose a la generosa idea de que, en el fondo, no hacía más que viajar retrocediendo a una época no muy lejana, pues antes de

que el luctuoso y vandálico negocio del turismo de masas irrumpiera en su terruño, también existían carromatos caducos en su tierra natal, los llamaban vulgarmente "*piratas*", y prestaban un servicio tan deplorable, que todavía son evocados con febriles cumplidos de admiración en la letra de una de las isas más populares de la isla. ¿Será que el amor o cariño a las reliquias del pasado, perdura a pesar de los pesares, y como una devoción hierática, forma parte del patrimonio indisoluble del archipiélago canario? En cualquier caso, se iba poco a poco convenciendo de que, con omisión del idioma, que era impenetrable a todo profano, y algunos hábitos pintorescos, había bastante afinidad entre las dos poblaciones vecinas.

Sólo las eventuales e innumerables paradas que el tren realizaba, a veces, en un aduar entre los más recónditos, otras, en alguna alquería abandonada, y hasta en medio de un páramo anodino o secarral, le importunaban. Y es que, Juan José Santisteban esperaba llegar a Casablanca antes del anochecer, pero en África y por aquella época, el tiempo no se valoraba con ímpetu, si acaso existiese algún arrebato fugaz, se debía sólo a las torpes letanías de algún fulano licencioso. Si el tren se detenía, era porque tenía que hacerlo, y nada más. En África, hasta el viajero más patoso asume siempre, que el tiempo no puede amaestrarse como se doma un potro o un camello. El tiempo está preso en un puño, y Alá en su

infinita grandeza, lo oprime y expande a su albedrío sólo con abrir y cerrar la palma de la mano. A escalas superiores de premura, el tiempo es relativo, pero en el continente milenario palpita por doquier el suplicio de la hambruna, y desde ese real, severo, y mísero horizonte, el rayo fascina a sus moradores, tan sólo por la bondad de la lluvia que viene augurando. Luego entiendo que es irrisorio desvelarse por este tipo de trastornos. Supongo que Juan José Santisteban lo percibía de esta suerte también.

Todos estos trillados indicios presagiaban únicamente que el tren llegaría a Casablanca con un retraso despreciable, pero sin perder ningún vagón por el camino, a pesar de perpetrar sin remedio un sin número de enganches y desenganches. Por fin, y como era de prever, el tren llegó. Faltaban aún dos horas para la media noche cuando Juan José Santisteban se bajó del carruaje. Al percatarse del enjambre de personas que, de un lado para otro, deambulaban por el colosal edificio de la estación, se quedó atónito. No se alarmó, pero solamente con ver el farragoso trasiego de baúles, maletas, tapices, amén de otros armatostes y enseres de los cuales ignoraba su utilidad, vislumbró la inmensidad de una urbe a la que tendría que enfrentarse solo. Impotente ante la fascinación que el bullicio de la muchedumbre en tránsito le ocasionaba, supo al instante que no saldría del ámbito de la estación. Pensaría que después de todo, la ciudad de Casablanca era tan sólo la capital económica del

reino, o que sus pesquisas antropológicas merecían una tregua. Por lo tanto, cuando escuchó por los altavoces, otra voz dulce y cordial, muy afín a la que le había redimido de los calamitosos reveses de la mañana, borró de su mente toda duda. Y el hechizo deslumbrante se repitió.

- ¡ Pasajeros, al tren !

Insistía la voz en varios idiomas. Creo que ya puedes imaginar, estimado lector, lo que aconteció, sin que las escasas variantes que mediaron en los ademanes y muecas de Juan José Santisteban, entorpezcan tu arbitrio. Volvió a por sus malogrados fueros, y sin apenas soltar prenda para disimular que, como foráneo, estaba en un apuro imprevisto y baladí. Esa misma noche reanudó el viaje en otro tren mucho más aparatoso, pero esta vez hacia el Este, como si se tratara de un peregrinaje. Tengo entendido que ese ferrocarril iba hasta la población de Oujda, cerca de la frontera con Argelia. Juan José Santisteban llegó al alba de un nuevo día. Fue una noche atribulada que excusaré de relatar. Lo cierto es que, sin concederse tampoco una escapada por los alegres zocos y mercadillos de la localidad, y a la que arribó hecho polvo por las sacudidas del maltrecho carruaje, regresó ese mismo día y en ese mismo tren. Y siempre a la orden de una voz que le inducía anticiparse a los conflictivos lances que le acechaban.

- ¡ Pasajeros, al tren !-

Suplicaba esa voz diáfana y atenta, pero pertinaz. Sólo me comentó que, a la vuelta, se vio en la necesidad de procurarse un billete de primera clase para que le correspondiese un confortable asiento aledaño a una enorme ventanilla corrediza. Un privilegio que le permitió inhibirse del trajín de la plebe, y admirar los áridos y desoladores parajes que el tren atravesaba. Leguas y leguas de una estepa espinosa, marcada a hierro candente por un sol abrasador, que hacía crujir los pedregales, y entontecía a todo bicho viviente que osara enfrentarse a sus truculentos sablazos. Con este inspirado aserto, reiteró su dictamen del lugar.

Juan José Santisteban, que contemplaba por vez primera esos campos heridos por los azotes del virulento cierzo, se acongojaba sin saber porqué. En un lapso, unas veces distinguía algunas chozas de adobe y argamasa, que, con precarias techumbres, parecían fundirse en cuerpo y alma con el medio hostil que las sustentaba; en otras, casas de barro y piedra, sumisas en un mutismo ancestral, se alzaban a duras penas alrededor de una fortificación centenaria. Después, en una meseta enrarecida, donde el matorral de bolina y los cardos achicharrados espantaban a las miradas más atrevidas, resplandecía sin embargo la

hospitalidad de sus gentes, en un manantial inagotable de sincera benevolencia. De pie asomado a la ventanilla, alzaba los brazos respondiendo emocionado a los saludos de los gañanes atareados con yunta de bueyes y arado, que, de sol a sol, surcaban esos vastos terrenos. Descubrir la vida en esa región, es como atribuirse una merced pero a cureña rasa. Aliento al desprevenido lector, a desprenderse de almófar y capacete, actuar con el corazón en la mano si alguna vez pretendiese, ante todo hallar, y a la postre visitar, esos rincones relegados al olvido y desamparo; pero que no obstante, Juan José Santisteban extasiado y complacido admiraba.

Tanto en la ida como en la vuelta, el tren cruzó Taza, y las ciudades imperiales de Fez y Meknes. Y, cavilarás como yo lector, que es una tirada asaz engorrosa y hasta demoledora. Diríase sin exagerar. Juan José Santisteban se alimentaba, ora con los apetitosos y exquisitos pinchos morunos, ora con tajines o guisados de carne de cordero o ave, y que surtidos con aceitunas, almendras y ciruelas, hacían las delicias de los paladares más delicados. Aprovechando las paradas esporádicas de los trenes, los cazaba a tiro de bulla, deprisa y corriendo, en los numerosos puestos ambulantes o ventorrillos que encontraba en los apeaderos a lo largo y ancho del trayecto. Eran los únicos ratos de esparcimiento y regocijo, que le incitaban a perseverar en su empeño.

Permutaba de tren como se mudaba de camisa, y así, hasta la insigne villa de Marrakech. No siguió hasta el extremo sur de África, porque las vías del ferrocarril, en aquel período, escaseaban por falta de medios. O quizás, para eludir que las locomotoras de vapor temblasen de pánico ante la gesta de penetrar en el temible desierto del Sahara. Pero por el denuedo de Juan José Santisteban seguro que no era, yo al menos lo creo así. Ni en la noble y magnánima villa de Marrakech, se atrevió a salir de la terminal ferroviaria, eso sí, probó el irresistible cuerno de gacela escurridiza con té a la menta en su espaciosa cafetería. Y desde dónde, al caer la noche del tercer o cuarto día, no lo afirmo pues he traspapelado mis notas en un barullo, oía el estruendo de los tambores redoblar al unísono por todas las plazas de la dilatada ciudad. Proclamaban la comparecencia de la canícula, y el inicio de los fantásticos festivales étnicos que, durante el tórrido verano, amenizan las veladas de la villa.

Son galas y fantasías de canto y danza, que estremecen al público por el ritmo pujante y sostenido que los músicos imprimen a sus instrumentos. También deslumbran por el colorido abigarrado de los trajes, bordados y con cuantiosas lentejuelas, y que los artistas, engalanados con turbantes o pañuelos, lucen en los coros. Aunque predomine el pudor en todas las exhibiciones, en algún caso, la bailarina se presenta arrodillada y cubierta por un velo de seda negra, y sólo con los dedos de la mano,

es capaz de transmitir una excitación misteriosa, que desentraña una primorosa sensualidad. Cuento este corto añadido, porque soy nativo del lugar, y presumo de interpretar más que a bote pronto estas manifestaciones populares. Mejor aún, he juzgado lector, que una leve reseña te ayudaría en estos berenjenales moriscos. En suma, son los bailes tradicionales de las tribus rurales de la comarca que, al son de los panderos, panderetas, violines y laudes, se prolongan hasta la aurora, y manifiestan una belleza y vivacidad sorprendentes.

Pues, ni todo el clamor de los guateques, parrandas, y demás fanfarrias de la villa de Marrakech, pudo ahogar el eco fiel y melodioso de la voz salvadora. Y Juan José Santisteban que, sugestionado, ya escuchaba los sonidos y rumores lejanos de la villa con intriga y admiración, oyó de repente por los altavoces de la terminal.

- ¡ Pasajeros, al tren !-

Pregonaba una voz lánguida, pero perentoria. Y como era de predecir, Juan José Santisteban estricto con el edicto celestial, cumplió a rajatabla las ordenanzas, y se aprestó a tomar puntualmente el tren notificado. Esta vez hacia el norte, retrocediendo ya, pues con tanto zarandeo ferroviario, tenía los huesos descoyuntados. Le crujían tanto las articulaciones al caminar, que no precisaba codearse con el vulgo para subirse a los carruajes. Los

viajeros se apartaban confundidos por los chasquidos que su anatomía desvencijada divulgaba sin querer. Sin embargo, aprendió a profesar indulgencia, y a cambio de una propina, encargó a un muchacho que subiera su equipaje al tren. Al verle así, escoltado y tan cascabelero, los viajeros más mordaces se burlaban sin reserva, otros, más aprensivos, acataban su ingenio, pero le vaticinaban un flaco porvenir como hombre orquesta.

Conjeturar si Juan José Santisteban se desvió o se detuvo, antes de retornar a Tánger para embarcar de nuevo hacia Algeciras, me parece absurdo. Pues aunque así lo hiciera, dudo que su actitud cambiase. Si acaso, noté un leve destello de remordimiento en su índole animosa cuando me refirió el siguiente episodio. Resulta que, exhausto, dormía profundamente, tendido en los asientos libres del compartimento que ocupaba, y que estaba vacío de pura casualidad; cuando de repente, unas estrepitosas detonaciones lo devolvieron a la realidad. Se levantó extrañado, y al notar que el tren estaba parado, contrariado echó una ojeada a través de la ventanilla para dilucidar qué impedía la marcha del tren. Se quedó pasmado. La causa, para él insólita, no lo es sin embargo para mí. El tren, inmóvil, hacía la vez de graderío espontáneo, y permitía a una muchedumbre desenfada que trepara por él hasta situarse en el techo del carruaje. Como la tribuna de un anfiteatro, mejor aún que un palco

con butacas o la platea del teatro Benito Pérez Galdós, me dijo textualmente.

Y enfrente, como es natural, la escena y los actores. En un erial baldío acampaba una cabila del alto Atlas. Y el sin fin de tiendas blancas, que albergaban a sus moradores, estaba razonablemente diseminado a su alrededor. En medio de ese vivac ingente, hombres a caballo y armados con arcabuz, disparaban salvas al aire al término de un trepidante galope. Entre la nube de polvo que los caballos levantaban, y el humo de la pólvora quemada, se oía los gritos de los frenéticos guerreros. Juan José Santisteban, a pesar de estar nervioso por el tremendo jaleo de la plebe encaramada en lo alto de su compartimento, convino sin embargo en reconocer que ese espeluznante desfile era la muestra viril del sentir de una nación. Fue un estímulo o premio que ponía fin a sus utópicas pesquisas. Como todo trofeo que se precie, lo celebró aún más, cuando escuchó entre la barahúnda de los cañonazos, el silbato de la locomotora que avisaba a la plebe, que la función teatral había finalizado. Se bajaron en tropel tiznando sin consideración el armazón de los carruajes. La grada sobre ruedas prosiguió su marcha, y mientras se alejaba, Juan José Santisteban cabizbajo, meditaba acerca de su aventura. Y dándole vueltas y más vueltas a su meolla, dedujo que quizá, todo fuese un sueño legítimo.

Que fuese un sueño genuino o la ingenuidad hecha sueño, no le impidió que al llegar a la isla concluyese su traqueteada tesis. Refutó su propio argumento, y mantuvo contra viento y marea, que no sólo era un abismo lo que separaba las islas del continente africano, sino más bien una fosa insalvable. Y si eso es así. ¿De dónde serían los guanches o aborígenes de Canarias? Colegir de esta historia lector, que la existencia de La Atlántida es obvia, puedes asimilarlo a un hecho ridículo sin temor a represalias. Pero como en la esencia de nuestras vidas, siempre se halla alguna quimera que nos rescate del piélago de la ignorancia. Yo, aunque sólo sea por deferencia, velaré por la perenne e impoluta bohemia de los duendes, que me sugirieron estos escritos de fortuna. Seguiré con estos ejercicios hasta que el cuerpo aguante, pues tengo por virtud no desfallecer ante la adversidad, ni la pesadumbre que conlleva. No acabo este cuento con la ostentación de un alarife, pues como simple beduino, procuro no dejar huella que delate la rudeza de mi verborrea. Además, como he resuelto pactar con la providencia para que encauce mis titubeos retóricos, repararás lector que en este relato, todo lo que concierne solecismos y otras depravaciones literarias, es al menos disculpable. Tal vez esta historia, y remato este regodeo, sólo goce del beneplácito de la estrella de la mañana, que señala la puerta del cielo, refugio de pecadores. Y sigo...

Caricatura de un gomero en apuros.

Han tenido que arreciar, las tan anheladas lluvias, furibundas, como casi todo lo que llega tardío o a destiempo, sin avisar, en tromba que perjudica más de lo que beneficia; de pronto, y a una hora impertinente de la madrugada, para que me atreva acometer este esbozo insignificante. Pergeñar desde mi destartalada pluma de escritor humilde, lo que un hábil dibujante es capaz de plasmar sobre una cartulina sólo con la ayuda de un carboncillo, es la tarea que me propongo realizar, desvelado y mosqueado. Este oficio es una caja de sorpresas, pues el propósito rondaba mi imaginación desde hace tiempo, y resulta que de repente, escribo, ya no para agradarte lector, sino más bien, para no reventar de risa o de pena. Para el caso que nos incumbe da lo mismo, pues la caricatura es un género picaresco que encubre en el ánimo de la gente muy desenvuelta, tanto una carcajada como un llanto. También es preciso recalcar que oculta una

sonrisa o una lágrima, en el semblante de la gente más aprensiva.

Son tal vez las aciagas vicisitudes que acarrea el andar de aquí para allá, hospedado en albergues de poca monta, donde la precariedad es norma común, pero no vulgar, el motivo de mi empeño en retratar a un gomero despistado en apuros. No pretendo evadirme de miserias mundanas, ni ensañarme con una víctima indefensa, pues el gomero de hoy es un prodigio de erudición y astucia, que goza de innumerables ventajas. Me planteo el reto como un simple ejercicio literario, sin más. Por todo lo susodicho, estimado lector, te pido disculpas de antemano. Y, siempre que las musas de mi entendimiento lo permitan, me aplicaré en el trazo, y evitaré de ser grosero o mezquino en las formas.

Si Bartolomé Esteban Murillo, insigne pintor, alcanzó bien merecida fama, por impregnar algunos de sus cuadros de una viveza inconmensurable y de un realismo admirable, no hay duda que poseía una técnica depurada para tal fin. Ese no es mi caso. Por lo tanto, vadeando la enorme laguna de mis carencias, describiré a grosso modo algunos rasgos que perfilen al sujeto, para posteriormente, adentrarme en el caso concreto del relato. Deseo hacer constar que, extenderé esta penosa, pero no fastidiosa tarea, describiendo sus hechuras, y descubriendo algunos

indicios de su temperamento, pues es necesario dar cierta entidad a este voluntarioso ejercicio.

Alternaré a mi libre albedrío la exposición, pues si la cara es reflejo del alma, quizá sean los andares reflejo del terreno que pisamos. Quiero decir con esto que, no abultaré esta historia con dijes perniciosos para que redunde en beneficio de la claridad y gracia del texto, siempre cuando aflorasen en algún párrafo. Intentaré no caer en el error de pintar una mera fotografía de familia, ensanchando tanto el escenario como la escena, hasta abarcar aspectos del devenir del personaje en cuestión. Es consabido que toda criatura ignorante de su pasado, hiere su porvenir.

Sigo siendo Ismail Al Addrus (el estudioso), y di suficiente traza de mi identidad en un cuento titulado "Pasajeros, al tren". Un cuento que aún no he tenido la honra de divulgar, so pena de acarrear agravios no deseados al fulano protagonista de aquel evento. No quiero infringir las normas más elementales de convivencia entre vecinos, ni ser tachado de desagradecido. Pues alentado por sus beneficiosos consejos, he decidido ser cauto en todo lo que concierne la crítica, y eludir cualquier clase de pleito.

En 1973, naufragué en una playa del vasto sur de la isla de Gran Canaria con otros compañeros de fatiga,

quienes agobiados por la penosa travesía, y decepcionados por no lograr el objetivo marcado, enfermaron de tristeza. Era nuestra intención, desde África cruzar el Atlántico. Hazaña que reza en el cuaderno de bitácora de la decrépita embarcación en la que navegábamos, y que dio fe de nuestra inocencia ante las autoridades que nos apresaron. El hecho de ubicarse, las Islas Canarias se infiere, en la derrota prevista, era ajena a nuestra voluntad. Andábamos influidos por las fábulas de ciertos respetuosos mercaderes libaneses y sirios, que describían América como un vergel prolijo en oportunidades para mozos bien plantados como nosotros. América es la anhelada meta que todavía perseguimos, siempre que Alá así lo disponga.

Dando tumbos por las islas orientales del archipiélago canario, conocí a Juan José Santisteban Pernambuco de Armas. Me recomendó mudar mis hábitos rigurosos de beduino empedernido, por otros más acordes con la época brillante que vivimos, desplazarme a la isla de La Gomera para familiarizarme con sus comedidos entretenimientos, y adquirir el refinamiento exquisito de sus costumbres. A juzgar por el ardor de su testimonio, son infinitos, calurosos, e inexorables, los lazos de amistad que unen la isla de La Gomera con una república americana, patria del libertador Simón Bolívar, llamada Venezuela. Es tal el influjo que esa república (llamada octava isla) ejerce sobre el archipiélago, que me pareció

la idea genial, y, fruto de ese mismo parecer, es la digresión de esta maltratada reseña. Por lo tanto, yugulo drásticamente mi discurso y vuelvo al tema que nos importa, aunque te induzca a pensar, pío lector, que este negocio no es más que un dédalo de insensatez.

Situaré al individuo, de nombre Celestino Ambrosio Aurelio Infantes del Saucillo, en un pueblo de las medianías, cuna de grandes y fervientes defensores de la isla. Alejado las necesarias y suficientes leguas de la capital para no tacharle de villano. Con pocos asuntos pendientes en la isla más cercana, y eminente, que le evite motes livianos, mordaces, y jocosos. Además, tendría que recurrir a una lengua que me es ajena para apodarle "*gomero light* ", y sería como conspirar a favor de los ingleses que, por cierto, en un tiempo no tan remoto, pretendieron conquistar estas afortunadas islas. En cuanto al encaje, pictórico se entiende, aprovecharé un folio apergaminado para los primeros apuntes, y si la textura del papel lo permite, resaltaré su faceta más amable, diluyendo a contraluz los defectos, de los que, como todo isleño que se precie, incluso anda provisto.

Desarmo el caballete hasta otra oportunidad más propicia, puesto que no soy pintor. Agarro el papel, lo despliego o estiro sobre un tablero que me haga el avío, y sin más preámbulos, pongo mano a la obra. A ojo, se diría que Celestino Ambrosio Aurelio Infantes del Saucillo es

un dechado sin parangón, de medidas casi perfectas. Pero si perfilo su retrato con grafito puro, acentuando el contorno de este bosquejo, digo que el tamaño de su cabeza es desproporcionado, y asimismo, luce una calvicie repentina que procura resguardar con un sombrero de palma indiana. Las exageradas dimensiones de su mollera, son quizás, fruto de su excesivo afán por analizar a todo súbdito foráneo que aparece por la isla. Es una tarea inmensa que requiere un cerebro privilegiado, pues no cabe en una enciclopedia ilustrada toda la sapiencia que se precisa, y, el fatigar la sesera de ese modo imperdonable, y sin reposo, ha de desarrollarla a la fuerza. Supongo. Aunque un amigo virtuoso, cuya sapiencia respeto, me refirió que ese afán de observar a todo ser humano que recala por estas latitudes, es simplemente un complejo de sastre, que no podría sacar a relucir en una simple caricatura. Y es que, el confeccionar un traje a la medida, impone una seriedad y fidelidad ajenas al propósito de este boceto. En fin, afilaré a cuchilla la mina del lápiz, dejaré a un lado el carboncillo, y me esforzaré en la siguiente estrofa.

Realzar a mano alzada, la calva de Celestino Ambrosio Aurelio Infantes del Saucillo (que Alá sea misericordioso y me ilumine en este aprieto), me es prácticamente inabordable. Pese al inconveniente, y aunque acabe con los dedos pringados de creta blanca, revelaré que es la infeliz secuela de un paroxismo

despiadado, que encaramado a un carro arrastrado por corceles apocalípticos, le produce insomnios crueles. Es como el estruendo de un galope desbocado que hostiga y perturba su meritorio descanso. Según los abuelos del lugar que más confianza y credibilidad atesoran, y que, fingiendo mutismo unos, otros embarcándose en singladuras de fortuna, escaparon a las atroces persecuciones de un levantamiento que acabó en guerra civil; todavía emanan de unos pozos recónditos y otras fosas volcánicas, lamentos y gritos sofocados, que causan vigilias dantescas a la inocente prole de los antiguos edecanes de un risible oportunista de tres al cuarto. Son desgarradores gemidos y llantos de almas angustiadas, que resuenan como hálito atormentado o aliento cautivo. Se propagan entre las fallas geológicas de la isla y, por sus galerías subterráneas, acosan el sueño de la gente honesta, y empañan la reputación de los culpables de tan aberrante, macabra, y execrable ignominia. ¿Será el resurgir de una voz inconsciente de la historia? En cualquier caso, reconciliarse con el pasado, siempre será la brega futura.

En el arte sublime de la pintura, si bien se aconseja de no pintar graso sobre magro, para que las pinceladas no chorreen sobre el lienzo; en este arte menor, gráfico y con tintes irónicos de la caricatura, también se corre algunos riesgos. Es obvio que para eso están. Encararlos valerosamente, plantea al dibujante un gran quebradero

de cabeza, y si le observas detenidamente (al caricaturista se comprende), acertarás en evidenciar lector, que tiene por costumbre resolverlos con una espontaneidad inusitada.

Pocas veces he mirado a los ojos de Celestino Ambrosio Aurelio Infantes del Saucillo, pues suele usar una enormes gafas oscuras que le protegen del intenso sol que azota la isla. Y, como los días nublados no sale de su casa, enmendaré la caricatura con unos quevedos a la usanza del siglo pasado, o sea del XIX, que manifiesten avaricia, y una desgraciada cortedad de vista. De todos modos, ve poco. Es una miopía congénita a una falta de intuición, o previsión, que grava su futuro sin apenas darse cuenta. No sólo con ilustración y picardía se cimienta el porvenir de un pueblo. Es esencial adivinar la tendencia, el alcance, y la calidad moral de los flujos migratorios, tanto humanos como de recursos, para adelantarse a un eventual estado de cohecho, codicia o ambición, y de ese modo, atajar sus efectos perjudiciales.

¡Cuántos beneficios aportaría si utilizase simplemente unas lentillas! Aliviaría la penuria de los africanos menesterosos, y hasta paupérrimos, que, huyendo de conflictos y vejaciones, zozobran a diario por las aguas circundantes a la isla. Evitaría que algunos desalmados isleños se lucren especulando vilmente con las desgracias ajenas. Acabaría siendo alabado por los

parajes más recónditos de África Occidental. Sería como una figura mitológica, cuya obra figure impresa en leyendas venideras. Su bondad colmaría los corazones de una gente que habita selvas remotas, resarciéndola de los quebrantos, calamidades, y demás suplicios, que acarreó una época de tráfico de esclavos, y cuyo esplendor denigrante parece persistir, encubierto hoy, por fórmulas desdichadas y temporales.

Urdir un entramado social tan denso y ecuánime, que palie, encauce, y revierta en provecho, los trastornos de otras culturas, es a mi juicio, espinoso. Sin embargo, cabe algunas atenuantes que facilitan la imparcialidad de esa temible y ardua tarea: la tolerancia, la discreción, y el respeto. Siempre que las actuaciones vayan encaminadas en ese sentido, todos podremos sentirnos satisfechos.

Son las orejas de nuestro héroe, ejemplares. Las retocaré con pigmento de grafito para darlas volumen y profundidad. La prueba de que sus orejas adolecen de fama y reverencia, es su oído. Es tan fino, que es capaz de oír e interpretar susurros, y chismes inexistentes o apenas perceptibles, a fin de amplificarlos hasta límites insospechados. Y, en un ardid sutil, acaba convirtiéndolos en murmuraciones que difunde por todos los rincones de la isla, como si fuese pregonero mayor de asuntos impropios y extravagantes. Cuento este descaro, porque lo

viví en mis carnes. Yo, siempre fui un hombre pobre. Pero no sé qué tipo de cábala o sortilegio me arremetió, y con tan próspera furia que, en una ocasión, me confundieron con un célebre magnate. Acuñáronme entre otras pertenencias, en Montecarlo, un coche deportivo cuya marca hacía furor, una espléndida finca en La Riviera, y un boyante negocio en Andorra. Que Alá sea alabado, por haber disfrutado aunque sólo fuese un día, de tan tremendo desconcierto. Aunque por mi atuendo de beduino, lo más formal hubiese sido confundirme con un rico sultán de Damasco. Pero, la senda de estos chismorreos es tan fortuita.

Decidí hacer correr tantos y tan abultados y falsos rumores acerca de mi persona, que borré toda huella de mi glorioso pasado. De ese modo, he rematado una faena que me convierte en un hombre nuevo. Te aconsejo lector, aunque seas un granuja matutero, si un día resuelves adquirir nueva personalidad, no dudes en visitar la isla para disipar cualquier matiz de tu legítima identidad. Si eres honesto, acabas despreciado; si eres filósofo, podas palmeras; si eres amable, te metes en pleitos; si eres modista, usas cabellera postiza; si eres forastero, te olvidan; si cantas bien, ahórrate el esfuerzo pues ni existes. En fin, una sarta de despropósitos acreedores de ser baluarte invulnerable ante cualquier asedio imprevisto.

La nariz, ni te cuento. Está dotado de unas napias enormes, rectas y picudas, de las cuales asoman unos pelos cortos que detienen todos los tufos nocivos. Por lo tanto, respira un aire muy limpio que le confiere un olfato tan agudo y perspicaz, que los días de caza se abstiene de llevar a los podencos apropiados. Sale solo, y como un auténtico sabueso, se arrastra por tierra y husmea cualquier matorral extraño. Es capaz de rastrear por su cuenta y riesgo, desde lagartos o conejos, hasta perdices morunas. Por ese motivo, se ha llevado no pocos disgustos, pues su noción de la botánica deja mucho que desear, y su entusiasmo se salda a veces con las napias ensartadas de púas de toda índole. Por consiguiente, perfilaré su nariz con un trazo grueso y tosco, para que resalten unas napias curtidas a prueba de zarpazos esporádicos.

Debido a su peculiar inclinación por silbar (medio patrimonial y predilecto de comunicación en la isla), su boca es deforme. Aún así, alberga una quijada mellada, rematada por unas fauces descoyuntadas de tanto mascar caña de azúcar. Le gusta, y la importa de una isla vecina, pues los riscos y despeñaderos de La Gomera entorpecen su cultivo. Dibujaré la boca cerrada, por eso de: "en boca tapiada no entran moscas, ni salen sandeces". Ha mudado el habla lánguida y zalamera del alegre sur por un tartamudeo exótico tan embrollado, que se hace incomprensible a todo mortal. Si añadimos que se

confunde al acentuar los vocablos esdrújulos, no hay quien lo entienda.

No obstante, los días en que hace gala de inspiración y elocuencia, su plática es amena y chistosa. Suele alternar en charlas instructivas, donde los trapos sucios de los vecinos más notorios de la isla terminan tan blanqueados, que ni con cal viva se obtiene semejante estropicio. A propósito, de tanto usar un trozo de guiñapo al que recurro para difuminar el cariz de esta caricatura, me veo obligado a tirarlo a la papelera. A partir de este momento, y a pesar de no alcanzar la rica armonía tonal deseada, utilizaré la goma de borrar.

Completaré esta parodia sombreando un gaznate robusto, encajado entre hombros macizos, que anticipen una anatomía forzuda. Y, prolongaré su fisonomía agregándole un cuerpo, canon de proporciones idóneas, que, con sotana de fraile y sandalias de pescador, encuadraré en una miniatura de color terroso cálido, a escala un quinto de su cabeza, que produzca un engaño visual de ridícula ficción. Final de esta primera parte, y prólogo inevitable de la chirigotera anécdota que luego adelanto.

En contra de lo que se pueda deducir de esta composición, el fulano en cuestión goza de un prestigio bien fundado, y sus ocurrencias figuran en el repertorio de los cómicos más relevantes de la región. No hay quien dude en sugerir sus peripecias como referencia obligada a cualquier simposium en la materia. Y, hasta allende los mares, se tienen noticias de su vivaracho deambular.

- Es un asunto de honor - me dijo una vez, disimulando su gangosa verbosidad.

A modo de orador fogueado en campañas de ultramar, lo habían invitado a intervenir en un certamen de la villa de Palma de Mallorca; pero había discutido acaloradamente con uno de sus vecinos, acerca del trecho que recorrería para trasladarse a la isla balear. Según Celestino Ambrosio Aurelio Infantes del Saucillo, la isla de Mallorca distaba una y mil millas de su querido hogar, y estaba dispuesto a demostrarlo aceptando la invitación. Se sentía incómodo, pues tenía que acreditarse como locuaz hablador y ducho en la materia. Además, andaba levemente escéptico, pues como buen isleño reacio a abandonar su terruño, era la primera vez que se aventuraba a salir de la isla.

- Me parece estupendo, así comprobarás que el mercantilismo irritante en el que te desenvuelves, reina en el país a mansalva y por doquier.

Aplaudí su arrojo para animarle en su desatino, pues yo sabía que su curiosidad por averiguar cuentas ajenas, no toleraba límites tangibles. Así, tendría dos acertijos en que distraerse en sus ratos de esparcimiento.

A mi juicio, era una tremenda confusión; o tal vez, se solicitaba su presencia para entablar una conferencia irrisoria. Pues aunque era un hombre culto, le costaba tanto explayarse en público, que aburría al auditorio. Rivalizaba en algunos coloquios comarcales, pero solía inscribirse con distintos seudónimos, y de ese modo, confiaba en echar mano de varias oportunidades para encandilar a la concurrida audiencia. Esta vez no, y como experto en temas colombinos, disertaría sobre el origen hebreo del ilustre marino genovés. Por lo que me alegré. Ya era hora de que tomaran en serio sus agrestes pesquisas al respecto. Me confesó que elogiaría las proezas del almirante en una égloga concienzuda, que había redactado en las mil y una noches que llevaba sin cerrar los ojos de puro desvelo. Como un diestro arúspice romano, presagiaba el reconocimiento a su labor por parte de la comunidad científica, y se imaginaba coronado por los laureles de una gloria futura. Tal era su convicción, que embaucó en el empeño a dos de sus honorables paisanos y colegas, con quienes compartiría el lustre que otorgaba el

encuentro, el triunfo de su cultivado discurso, y el costear los gastos del viaje.

Pues no se equivocaba, y así fue. Un colosal éxito que lo elevaba a lo más alto de un excelso estamento intelectual, le auguraba un sin fin de halagos durante su estancia en Mallorca, y un recorrido por tertulias y fiestas privadas de toda índole. Sus compañeros celebraron el insólito acontecimiento, alabaron su oficio de pensador correoso, y le felicitaron por la maestría exhibida en su actuación.

Los tres amigos gozaban de tantos placeres mundanos y demás frivolidades, que olvidaron el tiempo que había transcurrido desde su llegada a Mallorca. El último día del periodo concertado con la agencia de viaje, se encontraban inmersos en un convite bien surtido, a muchas leguas del aeropuerto, y como cándidos tenorios, alardeaban con los magníficos encantos de unas muchachas liberales que esa tarde les acompañaban. Se resistían perdonar sus hermosos atributos, y Celestino Ambrosio Aurelio Infantes del Saucillo, el que más. Tan empapado estaba de las conquistas del descubridor de América que, con el espíritu exaltado, se creía un apuesto galán distinguido por las academias más influyentes del lejano Caribe. Estaba tan enfrascado en cortesías plebeyas, que cuando quiso darse cuenta, los avisos de sus

colegas eran gritos de alerta. Se habían excedido del plazo razonable para volver al hotel donde se albergaban, disponer de su abultado equipaje, y dirigirse al aeropuerto.

Tan alarmados estaban por las siniestras adversidades que podrían sufrir si perdían el avión, que la fértil huerta balear les pareció campo de secano. De ahí el dicho de: "poner los pies en polvorosa", imagino. Perdona pues, mi ignorancia lector, ya que como zagal africano, he de echar mano de mi fantasía para despachar algunas sentencias breves, que ustedes llaman aforismos, y que todavía no alcanzo a dilucidar. Lo cierto es que no sucumbieron ante las delicias de unas muchachas atónitas, que vieron como sus pretendientes huían de un compromiso, que apenas procuraron sellar.

Ni la premura del solícito portero del hotel, ni la pericia del taxista que los trasladó al aeropuerto, ni la benevolencia de los dioses, les salvó de perder el vuelo programado. Y es que, las prisas malas consejeras y los aeroplanos de ahora, no saben de la diosa Venus, ni de llevar al huerto, ni de gestas remotas, sólo entienden de puntualidad. Así que, afligidos, tuvieron que regresar a isla de La Gomera por todos los medios variopintos que puedes concebir lector. Y, no relato aquí las peripecias acaecidas en semejante empresa, pues son suficientes para escribir otro tanto, en el que, tendría que simular un

clima de comedia para encubrir la genuina tragedia que sobrellevaron. Sólo referiré algo del malestar de Celestino Ambrosio Aurelio Infantes del Saucillo y de su facha, cuando después del fiasco, y al cabo de dos semanas de vagar precario, casualmente lo vi llegar a la isla.

Estaba demacrado. Poseso de un moderado delirio, me contó que para engañar su panza hueca, y no adelgazar más de la cuenta, durante el camino se ejercitaba soñando que no tenía hambre. Lo desfiguraban unas barbas que, más que barbas, asemejaban estropajo de esparto adherido a sus mejillas. Me reveló que había trocado sus gafas de sol por una noche de hospedaje en una fonda tan cutre, que los lamparones del mosquitero le impedían resoplar. Fue una de las pocas veces que vi sus ojos lagrimosos del abatimiento que acarreaba. Por vestimenta, tan sólo unos harapos abrigaban su destartalado esqueleto, pues a fuerza de necesidad, había malvendido todo su vestuario de novicio en rondeñas, y demás artes de galanteo. Flaco favor le habían hecho, en un lugar de la mancha que prefirió no recordar, y donde sin saberlo, se enredó con unos truhanes que le prometían manutención, pero cuyo apetito feroz saciaban, robando becerros en las fincas por donde pasaban. Optó por seguir cultivando su meritorio ayuno antes que zamparse la vianda de gorra. De ese modo tan decente, había escapado por los pelos, de acabar entre rejas con su ya maltrecho deambular. A

pesar de estos gajes, se juzgaba en deuda con su implacable tozudez, pues seguía sin admitir que las millas que separaban los dos archipiélagos, no eran mil y una, como él afirmaba. Tendrían que pasar varios años, antes de que reconociese su portentoso error.

Así como la aventura del retorno había trastornado su habla defectuosa en una conversa más diáfana, también sus puntos de vista acerca del ámbito en el que se las apañaba, habían mejorado sensiblemente. Fue poco a poco apartando de su idiosincrasia lo más superfluo, y entendió que entre la dicha y el desamparo, sólo hay un soplo de vida. Recuperó el sueño perdido, y me prometió enmendar su severo talante. Con lo que, agradecí a Alá, que en su infinita sabiduría, yo pudiese recuperar a un amigo que daba ya por errado en el piélago de la intransigencia, y seducido sólo por el beneficio ruin y decadente de estos tiempos modernos.

De lo que se deduce, que no vacilaré un instante en hacer añicos la lámina de papel acartonado en la que esbozo estos garabatos. La tiraré a la papelera, y, por si acaso Alá, en su perpetua bondad, favorece mi suerte de humilde beduino, y algún día, logro emigrar a América; de ahora en adelante me dedicaré más a proyectar escorzos de obras arquitectónicas de gran y principal mérito, que caricaturas a tiempo parcial o contrarreloj. Si alguna vez lector, leyeras esta, arguyo que, alguien la ha estimado

digna de figurar entre tantas otras, y ha encajado de pura pena o risa, las trizas. Vale.

En cuanto a Celestino Ambrosio Aurelio Infantes del Saucillo, dudo que acceda ni tan siquiera a ojearla, y menos aún a leerla pues. Luego andará absorto, según le plazca, en temas astronómicos o celestiales, que le ocuparán todas las horas del año en contemplar, acechando a través de un gigantesco telescopio, la tenue luz que desde el universo sideral, emite la estrella de la mañana, que señala la puerta del cielo, refugio de pecadores.

Albaquía.

Al cabo de mucho andar a tientas por las islas, y avergonzado ante el infortunio de no haber logrado cruzar, desde África y de un tirón, el océano Atlántico, sentía en mis entrañas cómo la nostalgia usurpaba la lucidez de mis sentidos. Añoraba tanto mi tierra natal, que el paladar se me hizo agrio, el tacto se tornó arisco, la vista se me nublaba a veces, el olfato me era casi insensible, y mis oídos, sólo percibían ecos remotos. Era como un deambular instintivo entre venturosos recuerdos que acosaban sin cesar, esta índole mía de hombre aplicado y tenaz. Lo hacían quizás adrede, para poner a prueba mi entereza ante la aciaga soledad que por ese tiempo me abrumaba. Extrañaba tanto el terruño, que me asaltó la idea de regresar a África. Y en un lapso, con sólo templar el ánimo quejumbroso del que venía haciendo gala, esa idea brillante se convirtió en una obsesión febril. Sin embargo, mi empeño por retornar planteaba serios trastornos que tendría que afrontar con arrojo. Así que, decidí solventarlos con valentía. Impasible, meditaba trasladarme a la isla de Fuerteventura, con el fin de

enrolarme en un barco de pesca que faenara en el banco sahariano. Cavilaba abandonar la embarcación en el primer puerto al que arribara, pues como nativo del lugar, me sería viable desde allí, recorrer el trecho que faltase hasta alcanzar las montañas del Atlas. Y donde un bohío que aún conservo, armado con duelas y una urdimbre de cañizo, hace la vez de morada sencilla para resguardarme de la intemperie y del clima tórrido del continente. Asumí el reto con ilusión, pues es la mejor actitud que un hombre humilde puede exhibir ante ese desafío. Puedes intuir lector, que de nuevo, soy Ismail Al Addrus (el estudioso), pero esta vez, trataré de narrar un hecho que me aconteció hace ya varios lustros.

Siendo ya, vecino fugaz de Fuerteventura, y al tiempo que indagaba cómo embarcar hacia África, comprobé que los parajes de la isla eran idénticos a los de un próspero valle que se ubica al pie del Atlas. Esa inaudita similitud me agradó, y se me ocurrió que tal vez, la isla mereciera la batida de un bárbaro como yo. En un descuido, relegué mis congojas y sensiblerías pastoriles, y me eché a caminar por su monte bajo. Iba y venía entre una orografía suave, recorriendo sus lomas y sus extensas playas, sin que mi andadura denotara mucho malestar, y procurando no dejar rincón sin ojear. Palmeras que se alzaban en el lecho de una cañada, un rebaño de cabras desparramadas; a lo lejos, algún caserío encumbrado, un cerro quebrantado por una cantera, molinos de viento que

delataban agua empozada; sembrados en barbecho, alguna charla con un pastor melancólico, aparceros acabando su ardua jornada o de vuelta al hogar; en suma, y por aquel tiempo, eran las bucólicas escenas del campo. Pero las playas... Las playas eran de otro cantar. De un cantar turgente diríase. Como en África, arrulladas por el plausible murmullo de sus aguas cristalinas, todas eran inmensas. Lo que no me asombraba, pues a lo largo y ancho de mi vida, he podido admirar muchas costas, no obstante, entre tanta vastedad y belleza, había una playa peculiar que me llamaba la atención.

A sotavento, orientada sur sudeste, esa playa desierta por entonces, solitaria e indómita, me fascinaba. Ávido por descubrir sus misterios, escudriñaba los escabrosos vericuetos de su orilla, vigilaba el vaivén de las mareas, y, paciente como un cazador sigiloso, aguardaba que los médanos asomaran. Si coincidía el ocaso del astro rey con la marea baja, en aquel momento contemplar la playa o caminar por su arena rubia, era como transcender a una dimensión ficticia, donde la paz del espíritu acalla todos los dilemas e incertidumbres del mundo recordado hasta entonces. El culto que le profesaba, no me impedía sin embargo aprovechar esos instantes sublimes para cumplir con mis oraciones. Durante el curso de mi estancia, daba gracias a Alá y a Mahoma su profeta, por el regocijo que el merodear por la playa me suscitaba. También agradecía la hospitalidad de un hombre rudo, que

moraba no muy lejos de allí, y cuya probidad era elogiada por los aledaños. Como pescador asiduo, ejercía su oficio artesano con una habilidad estimulante. A veces, al verme desamparado, compartía conmigo algún tasajo salado de congrio secado al sol, y que capturaba con unas nasas hechas a mano. Era mi recompensa por proveerle de erizos, mejillones, y otros moluscos que, mariscando por la playa, laboriosamente apañaba. Con esmero, los colocaba como cebo en las nasas que solía disponer por las pesqueras del litoral, y que eran su único sustento.

Estuve así, vagando a mi albedrío, y viviendo como un anacoreta hasta perder el hilo o la razón de mi existencia. Un día tras otro, repetía la misma brega infructuosa, el mismo subsistir incierto. Era capaz de ayunar días y noches sucesivas, persiguiendo un orden cíclico y absurdo. No osaba preguntarme el porqué de esa desidia, para no admitir el tremendo e irreconciliable error, que me condenaba a ese mutismo deplorable y brutal. Aunque deslumbrante, la playa me sometía a un abandono tan calamitoso, que perturbaba y dañaba mi voluntad. Rogaba a Alá una y mil veces que, en su infinita sabiduría, me señalara el porqué las cosas más bellas de la naturaleza se otorgan ese poder de atracción, y que a veces es tan fatídico. Esa arrogancia me subyugaba tanto, que, cual apóstata, renegaba de todo lo que no fuera idolatrar esos instantes del crepúsculo, y en los que hechizado, evadía mis compromisos, fracasos e ilusiones.

Una noche estrellada de luna nueva, un frío intenso forzó mi efímero destino orientando mis pasos hacia una caverna aislada. Llevaba ya días durmiendo a cielo raso, y al divisarla, alivié la incertidumbre que me embargaba. Mejor aún, presentí que iba ser mi refugio, pues debido a la inclemencia que el sol desperdigaba por esas latitudes sureñas, yo andaba con el rostro abrasado, a la vez que el cuerpo consumido me infligía un vahído tangible. Se imponía en mi proceder un cambio de talante. De modo que, dispuse reservarme de los rigores del clima. Al llegar a su altura, comprobé que podía ser lo bastante honda para albergarme. Sin temor, agachado y a ciegas, me introduje en ella hasta que la tiniebla fue siéndome familiar. La pulcritud de la gruta no me sorprendió, y me tendí en la primera cámara intuyendo que la caverna abarcaba más recintos cerrados. El silencio pétreo al que yo ya estaba hecho, se convirtió por arte de magia en susurro de hebra de terciopelo, y me dormí.

Cuando desperté, la obscuridad reinaba todavía en la caverna. Sólo un inerte rayo de luz se abría paso a su través. La alborada, afable con mi escualidez, transigía beneplácita permitiéndome seguir tumbado un rato más. Yo seguía con la mirada esa hilacha centelleante, que, como si fuese una alidada celestial, emanaba del espacio soberano y apuntaba hacia la pared rocosa del interior. Lo curioso es que, al incidir contra la roca, aprecié un leve

destello que me intrigó. Me incorporé rehuyendo de la nefasta flema que arrastraba, y me arrimé al punto de incidencia del rayo de luz. Al palpar la roca, noté que algo recio afloraba del aglomerado de arena, caracolas, y otras conchas marinas, que componían por ese lado la maciza pared. Trataba de desconchar esa amalgama sabulosa, rasgándola con tanto brío, que sentí un corte vivo en el dedo índice de mi mano diestra. No fue la sangre a borbotones que chorreaba por el pedrusco de la pared, y que atajé velozmente con una venda de trapo desgarrada de mi vestidura andrajosa; sino más bien, evidenciar que sólo una pieza metálica y afilada, podía originar esa especie de herida, lo que en verdad me alertó. Seguí raspando con cautela hasta descubrir una alguaza herrumbrosa, y por su tamaño, presentí que formaba parte de un cofre o arca.

Escarbando, desguarnecí la pared del cascajo que la arropaba hasta descobijar una segunda alguaza, y los desechos de la tapa o frontal de un cofre de roble roído por los años. La madera estaba tan vencida que, al extraerlo, me fue imposible no despedazarlo. Sólo rescaté un mohoso alfanje, algunas monedas oxidadas, y un pergamino deshecho en trizas que a duras penas ensamblé. Aturdido y emocionado por el hallazgo, di gracias a Alá de permitirme cual pionero, hallar un arma blanca con la hoja curva y la empuñadura damasquinada, que atañía y ennoblecía tan llanamente mi cultura. Pensé en el acto que, cualquier desafortunado como yo, que

hubiese naufragado con otra arcaica gabarra en la isla, no hubiese dudado en desprenderse de él antes de caer cautivo. Desde luego, nunca pensé que fuese el vestigio ancestral de algún mercader árabe. Pero el pergamino era lo que más me tenía intrigado, ya que la textura del papel denotaba una aspereza y un grosor fuera de lo común. Y cómo dentro de la gruta, apenas se distinguían las monedas y la escritura borrosa del pergamino, cavilé examinarlas fuera.

Cuando me volví hacia la exigua abertura de la gruta, advertí que el rayo de luz no señalaba ya el mismo lugar. Entonces, deduje que quienes fueran los que escondieron ese cofre en ese lugar, habían de ser buenos navegantes, pues sabían medir ángulos, y conocían el valor del acimut del sol al alba de esos días remotos. Traspasé la estrecha boca de entrada a la cueva, y me dispuse a revisar lo desenterrado. Las monedas no parecían de curso legal, pero lo que verdaderamente me encandiló, fue que la escritura era árabe, mi lengua materna, y sobre todo, la fecha del documento: El 22 del mes de Safar del año 645 de la Héjira (Era mahometana), luego las monedas habían de ser antiguos cequíes o dinares nazaríes, y se desbarataron todas mis previsiones. Estaba ante unas reliquias, y me propuse averiguar de donde provenían leyendo el manuscrito. Sorprendentemente, a medida que iba leyendo el texto, advertía cómo el primer pasaje transgredía todos mis rudimentarios conocimientos del

lenguaje. Al cabo de un rato estrujándome los sesos, entendí que lo que me parecía un galimatías sin sentido, era sin embargo una sutil criptografía que ocultaba un mensaje. Es decir, los caracteres eran arábigos, pero el idioma era una lengua romance. Luego tuve que, descifrar a fuego lento el texto del manuscrito, y transcribirlo para poder referirte lector, lo que en él se apuntaba.

Te ruego que seas indulgente con la prosaica redacción de un beduino, pues has de cavilar que, arraigan en mí muchos defectos que acarreo irremisiblemente desde mi nacimiento, y de los que aún, no he logrado desligarme. Son ínfimos vicios costumbristas, que procuraré atenuar para no defraudarte. De todos modos, para proteger la intimidad de esa aljamía, revelaré sólo los datos que no deterioren la integridad del autor, pues si recurrió a semejante ardid, temería por su vida o por la de su corresponsal. Más aún, cuidaré también de las sentencias que afecten a la ética o religiosidad del escrito acallándolas inexorablemente, pues estimo oportuno inhibirme de las suspicacias que puedan engendrar. No obstante, y a pesar de lo aludido, este relato ambiciona ser memorable.

Por lo tanto, traeré a la memoria el período de la reconquista y postrero a la época del declive de los reinos de taifas o banderías, cuando el destinatario del manuscrito, de nombre Abdul Ben Slimane, que era el

astuto reyezuelo de una tornadiza aljama arrumbada por la serranía toledana, y que tenía por esposa a la bisnieta de un visir del insigne califato de Córdoba, recibe a través de un emisario lego a la doctrina mahometana, el susodicho pergamino. El contenido del mensaje responde a una consulta que, un mes antes, el propio Abdul Ben Slimane había hecho al ilustre rey de Granada, pidiéndole consejo acerca de las rutas libres de huestes cristianas, para llegar a los puertos de Gibraltar o Algeciras. Se infiere que, Abdul Ben Slimane suponía que dichas plazas fortificadas estuviesen aún en manos de tropas musulmanas. En cualquier caso, si preveía cruzar el estrecho, su inquietud residía en el hecho que, había amasado una gran fortuna en monedas de oro y plata, piedras preciosas, aljófares, y otras alhajas de opulento interés, asaltando y saqueando un avaro y rico mercader hebreo de nombre Aben Rabí. Temía que este intentara recuperar el botín, aliándose con alguno de los intrépidos cruzados, que proliferaban ya por aquellas tierras.

El ilustre monarca de Granada, no sólo le señala el camino para atravesar Al Ándalus, sino le aconseja incluso que, una vez salvado el estrecho, y superada la cordillera del Rif en el norte de África, no se detuviese hasta llegar a la localidad de Gulimim, más allá del río Dra. Pues las insidiosas luchas tribales que pululaban por todo el territorio magrebí, podían frustrar su tentativa de iniciar una nueva vida en aquel continente. Además, le recomienda

desconfiar de la profana soldadesca de los reyes españoles, que también andaba revuelta en aquellos berenjenales moriscos. Le sugiere acogerse bajo la tutela de un emir pariente suyo, que disponía de una gran escuadra de navíos, y que le ampararía defendiéndole de las represalias que el rencoroso Aben Rabí pudiese llevar a cabo. Asimismo, le indica que enviará al citado emir una epístola, en la cual, hará referencia secreta de la ubicación de una isla donde Abdul Ben Slimane pudiese esconderse un tiempo prudencial. Le promete que el emir no vacilaría en armar los bajeles precisos, y encabezar la singladura pactada. El manuscrito incluye los versos alejandrinos de un poeta almorávide, que ensalza el atractivo esplendor de las riberas de la isla, y que al parecer, era el lugar de esparcimiento preferido por los reyes y príncipes de esa dinastía. El sabio monarca concluye su discurso alentándole a perseverar en su genial discernimiento y coraje, alabando a Alá por el bienestar de su vasallo, y rememorando una frase, que proclama cual oráculo, que sólo Alá, ser supremo y omnipotente, vence en todas las luchas que los seres humanos acometemos.

Cuando finalicé la ardua lectura del manuscrito, alcé los ojos, y desde el ribazo donde se situaba la caverna, miré hacia la línea del horizonte evocando unos cánticos berberiscos del alto Atlas que entoné a media voz. Era el repentino exordio de un caprichoso alborozo, que sensatamente me invadía. Entonces, contemplando por

encima de las dunas, el ancho mar que anegaba la playa, grandiosa y sinuosa como una sierpe mitológica, me afané en soñar despierto. No creo que fuese la desacertada incuria que me incitase a ello, ni el agreste silencio del lugar, ni una pena errante, pues he soportado embates mucho más ruines. Imaginé, porque deseaba imaginar. Y tanto deseaba imaginar, que vislumbré varias chalupas o esquifes arribando a la playa con sus tripulantes prestos a poner pie a tierra, y columbré que pronto, los botes de esa flotilla serían varados sobre la fina arena rubia. A lo lejos, imaginé reconocer los flamantes bajeles del emir que, apurando la bonanza de la marea, fondeaban en una rada invisible. Imaginé la marinería arriando las velas y echando al mar las pesadas anclas. Imaginé distinguir las toscas indumentarias de los marinos, y oír sus voces zaheridas por unos gritos que rebosaban de familiaridad cerril y burlesca.

La virazón soplaba floja a sotavento, y respiré hondo, como si me deleitara en ella. Al término de esa pausa, me precipité eufórico hacia la playa. Estaba tan ensimismado, que imaginé caminar entre una bien pertrechada cáfila, en la que se aviaban fardos y se tramaban bastas cubiertas de cañizo, de las que unos ascaries en tropel disponían adecuadamente para montar las tiendas de un campamento fabuloso. Imaginé ver la carpa del emir armada ya, y que aventajaba al resto de las tiendas por su suntuosidad. Imaginé que al pasar delante

del alfaneque, veía sus esmeradas alfombras, y elogiaba los adornos de su elegante y amplio aposento. Imaginé el diván acogiendo el consejo de los alfaquíes más notables. Imaginé engalanados jinetes cabalgando alazanes de pura raza mauritana. A la sazón, todo me era tan llano, que me regodeaba en ese dichoso lance sin denotar fatiga ni inquietud. Al anochecer, francamente entusiasmado, trepé hasta la cima de un cerro aledaño, y elaboré una almenara que los bajeles rezagados pudieran avistar.

Al volver, imaginé alcandoras diseminadas por la playa, y venados asándose al rescoldo de su leña. Llegué casi a oler ese aroma tan inconfundible. Imaginé las mujeres ataviadas con paños de lana teñida o alquiceles de lino o algodón, y pañuelos de seda con los colores del arco iris que cubrían sus cabellos. Las imaginé atareadas alrededor de unas vasijas de barro, amasando harina de centeno, trigo, sal y agua, o repartiendo las hogazas recién horneadas. Imaginé las risas de los niños jugando entre ellos. Imaginé la buenaventura de esas gentes piadosas, sin más anhelo que la virtud, sin más pesadumbre que el desarraigo, sin más vicio que el hambre, y sin más picardía que ser nómada. Era una gente apegada a hábitos ancestrales, y tan allegada a mí, que no eché de menos su afecto. Me bastaba su cordial cortesía y acogida. Entre ese pueblo comedido y leal, imaginé vivir y soñar.

Al cabo de un plazo razonable y lícito además, los imaginé desarmar ese vivac ingente, y estibar todos sus enseres o ajuares en los bajeles. Imaginé sus rostros tristes derramando lágrimas de desconsuelo por doquier. Imaginé sus almas tan apenadas, que a partir de ese instante, ninguna panacea aliviaría mi dilatada aflicción. Los imaginé marcharse descalzos, tal y como llegaron, al compás de la melodía que emanaba de un albogue o caramillo. Se fueron sin desperdiciar barcia alguna. Sólo las cenizas de las brasas aún cálidas, que las mareas vivas caniculares o equinocciales halarían mar a dentro, acordaron gravarse en mi memoria. La mayoría de ellos aguardó hasta el oscurecer para que la noche disculpara su partida. Luego, izaron las velas a medias, como queriendo desairar el terral que soplaba sin fuerza, débil, como herido de muerte. Al ver la flota distanciarse sin otra opción, que la de implorar por su apacible travesía, lloré como un incrédulo.

Comprendí entonces que, en el mundo de por dentro, no se sabe nada, y que ni tan siquiera se sospecha. A saber que rondé así, como un loco, hablando a solas, sin imaginar el sueño del juicio final, ni él del infierno, ni él de la muerte, así hasta ahogar mis penas en los charcos de misericordia que brotaban de alguna recóndita albariza. Pero de repente, me sentí huérfano. Acaso tuviese yo que imprecar mi fortuna, por verme aterido y sollozando, como un hombre pusilánime y sin recursos. Pues no,

rotundamente. Seguí vagabundeando por el litoral, infringiendo cualquier precepto que la razón seductora me sugiriese. Caminé entre los nubarrones de recelo que origina ese tipo de actitud. Y no paré hasta quedar exhausto, cerca ya de una aldea que llaman Morro Jable.

Por aquellos días, ya no divagaba. Pero las fortalezas infranqueables de hierro y hormigón que se erguían ante mí, como monstruos prehistóricos, aterradores e invencibles, dañaban sin embargo el encantamiento que, cual acólito fiel y aquiescente, venía asistiéndome. Vi unas máquinas diabólicas machacando sin piedad las laderas de los cerros periféricos. Entre los jirones harapientos de mi vestidura, oculté el alfanje que llevaba en la mano, pues admití a regañadientes, que me sería inútil en esa maraña de obras gigantescas y desgarbadas. Fue una rendición inicua, y sin fanfarria engalanada. Vi energúmenos de piel blanca repantigarse en unas hamacas, y embadurnarse con cremas balsámicas antes de tostarse al sol como lagartos. Al cabo de un rato, se incorporaban sedientos, y, resollando a duras penas, interpelaban al paso un lugareño que andaba por ahí, ingeniándoselas con cocos y otras frutas tropicales. Otros, desnudos, huían contrariados, increpando sin ton ni son, cuando el viento arreciaba, y la arena de la playa los desollaba sin compasión.

Vi en la claridad del día, que se sentían importunados por mi rústica presencia, y sin embargo yo andaba

debelado. Tal vez en los saraos o bacanales que organizaban en la lobreguez de la noche, fuesen más transigentes, aunque tampoco pensaba quedarme allí para comprobarlo. No quise engrosar más mi desengaño, y con el ánimo enfangado de estupor, me largué de allí. Había vuelto a la cruda realidad de un mundo que me era ajeno e impenetrable. La adustez de los modales que esa gente solía gastar a mansalva, ultrajaba la lucidez de mis sentidos. Hasta el punto que, no percibía más que barruntes y arremetidas contra todo lo que no fructificaba en un negocio lucroso.

Me dirigí hacia las casas de la aldea para trocar las monedas del cofre recuperado, pero todos mis intentos de canjearlas por alojamiento o alimento se vieron frustrados. Me rechazaban de plano, como a un hereje. Eran palabras desalmadas e injurias sutiles, que interpreté al vuelo como que por allí, no se vivía de cuentos ni de historias raras. Mi andar indigente acabó por levantar sospechas infundadas, y unos alguaciles sañudos y depravados, estando yo desprevenido, me apresaron. Al cacheo que como vulgar delincuente fui sometido, debo el dar con mis huesos en la trena, pues a pesar de contarles la verdad, hallaron que el alfanje, los dinares, y el manuscrito, eran pruebas asaz fehacientes de mis fechorías futuras.

Desde mi improvisada celda, la única evidencia que de esa patraña pude colegir, fue hacer caso omiso a esa manía estúpida del ser humano en apropiarse una tierra, y no admitir que, en verdad, es él quien pertenece a dicha tierra. Es parte de una filosofía primitiva que me inculcaron tres indios canadienses quienes, para explorar por su cuenta y riesgo el viejo continente, y los países de los colonos que sin tregua los invadían, se enrolaron como audaces polizones en aquellos vetustos galeones. Forma parte del indeleble reflujo altruista que acarreó el descubrimiento de América, y cuya doctrina, esculpida con cincel en un mármol, arraiga en un pequeño jardín de la plaza de la República, en un precioso pueblo del sur de Francia llamado *La française*. No te cuento más lector, aunque quisiera, pues se sale del propósito de este relato. Pero fue el argumento que alegué ante el juez instructor que gestionó mi irrisoria instancia, y que pasmado ante tan irrefutable testimonio, no dudó en ordenar que me devolviesen lo despojado, y me liberasen.

Libre otra vez, mas harto escarmentado, estimé que antes de sufrir otro tropiezo infausto, me sería útil entregar el alfanje, las monedas, y el papiro aljamiado, a un museo de las islas que los custodiase debidamente, y donde todas las ánimas vinculadas a ese género de vestigio, pudiesen admirar unas de las piezas más distintivas de mi cultura. Asumí desprenderme de ese tesoro sin pesar ni rencor, pues jamás cavilé valerme de la

infidencia como moneda de cambio al cobijo que esa tierra me ofrecía. Es más, visto el interés desorbitado que los nativos arrepentidos del archipiélago mostraban por esas joyas atávicas, escribí a mi primo Hasan Algazara para que, en un abrir y cerrar de ojos, me enviase una alfombra voladora. Ya que de la encuesta que realicé a los innumerables visitantes del museo, deduje que la mayoría la echaba en falta, y que eran los menos, los que no ansiaban alelarse con un viaje al mundo de las maravillas.

Por lo tanto, solicité a la autoridad competente un permiso ilusorio, y armé un tingladillo aledaño al museo donde se exhibían las reliquias de ese imperio errado por los laberintos de la historia. Y sin más escollo que reprochar a mi primo la estrechez de la alfombra, me dediqué a despachar billetes para viajar por el universo de los espejismos paradisíacos. Volcábase la muchedumbre en adquirirlos. Tanto, que tuve que ofrecer té verde con hierbahuerto o hortelana entre el azorado cardumen de criaturas, que se amontonaba al frente del insólito tingladillo o ventorrillo. Y es que navegar por el reino del ensueño puede ser harto provechoso. Todos sin excepción agradecían la gira. Algunos llegaban provistos de sus cestas de mimbre donde incluían suculentas meriendas; otros, que no podían contener la tremenda emoción, ululaban más y mejor, que las gárrulas en temporada de cópula.

Convertí la plaza cual ágora retrógrada, en un zoco próspero y audaz. Fueron días felices, que ayudaron a atenuar la injusta indiferencia de la que venía siendo objeto. Hasta recibí una misiva del sultán de Guayedra, animándome en el empeño. A pesar de causarles desvelos inefables, también los gobernadores locales brindaron por el éxito del ventorrillo. Recibía cartas de todos los rincones de las islas felicitándome, mas exigiendo astutamente que les reservase un sitio en la alfombra mágica. No quiero acrecentar el ajetreo de esta quimera, pues entendí que todo ese agasajo, era el ineludible reembolso de la discorde albaquía de varios siglos de apática y ufana lontananza.

Eramos tan parejos, que incluso en los sueños ingeniábamos las mismas barbaridades. Hasta tanteó aliárseme algún que otro consagrado orador canario, que sugería cómo realizar un sublime viaje naturalista a la Atlántida, adorando figuras de barro cocido que llaman ídolos, y que se precian con tanto o más celo. Sopesé pues, acceder a su oferta, pero la rechacé porque era más charlatán que mago. Al final de esta estólida aventura por el afortunado reino de los sueños, únicamente sé, que la concluí tan solo como la inicié. Algún desaprensivo la tachará de farsa, y puesto que payaso, de seguro que habrá sido alguna vez en la vida, leerla será como ver reflejada su desmirriada candidez en un espejo medio roto. Y como igualmente aspiro a que rememores esta

trilogía, bienaventurado lector, la ultimaré como mis redacciones precedentes, mencionando que también los mestizos harapientos en su soledad, divisan la tenue luz que desde cualquier resquicio astral, emite la estrella de la mañana, que señala la puerta del cielo, refugio de pecadores.

Febrero 2.002.